

Ortiz de Villajos, el ángel de la música

Antonio López Romero



Ángel Ortíz de Villajos, hacia 1925.

Era Ángel Ortiz de Villajos Cano (Adra 1898-Guadarrama 1952) un genio de la composición musical y excelente violinista y pianista. Dotado de una sólida formación que se inició en el colegio Nuestra Señora de Gádor de Berja, nuestro ilustre paisano tuvo el respaldo incondicional de sus padres. Un político liberal, llamado Ángel Ortíz de Villajos López y una profesora de música, Matilde Cano Rodríguez respaldaron la carrera de su único hijo hasta situarlo en la élite musical de los años 20 y 30.

La figura de este hombre, tan inteligente como accesible y comunicativo, ha encandilado a un sinnúmero de historiadores de la música como verdadero artífice de la consolidación de la canción andaluza, convertida más tarde en canción española.

Como en otros muchos casos, para los que nacieron y vivieron el periodo de la Dictadura de Primo de Rivera, la República, la Guerra Civil y la Posguerra, aquellos turbulentos años pasaron factura a nuestro admirado personaje, hasta producirle una muerte prematura a los 54 años de edad. Curiosamente nació y murió el mismo día, un 29 de enero.

Una de las facetas musicales por las que más se recuerda a este compositor es por ser el introductor del *charleston* en España. Una música afroamericana que causaba furor en los felices años 20 y al que Ortiz de Villajos contribuyó con un buen número de melodías. Tal vez las más conocidas, *Madre cómprame un negro* y *Al Uruguay*. Melodías que brotaban sin cesar de su privilegiado cerebro, formando un equipo de lujo, uno de los mejores de la época, junto a los letristas Bolaños y Jofre.



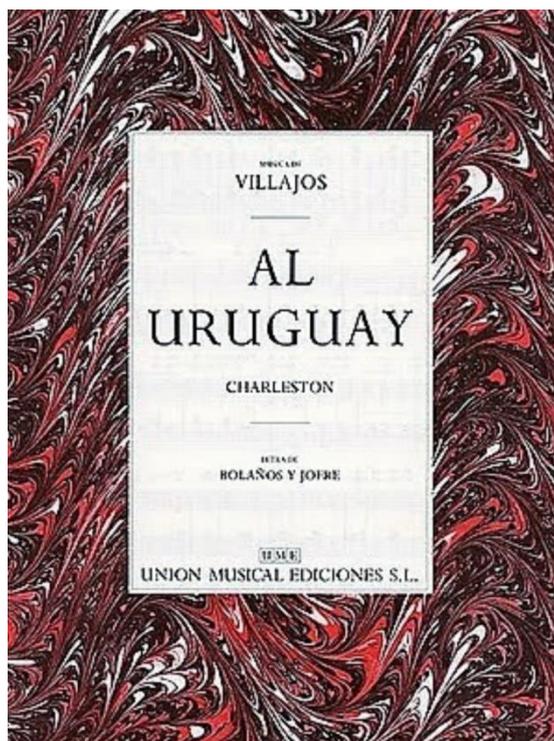
**Ángel Ortiz de Villajos López y Matilde Cano Rodríguez,
padres del compositor, imagen de 1896.**

Los estudiosos de la canción *Al Uruguay* resaltan la oportunidad del trío de autores de fijarse en un hecho científico de primer nivel como fue el revolucionario método del médico otorrino Fernando Asuero, para curar multitud de dolencias por medio de la manipulación indolora del nervio trigémino, a través de la nariz.

Algunos historiadores recuerdan que la fama del doctor Asuero trascendió rápidamente a toda España y eran muchos los que se trasladaban a San Sebastián, donde tenía la consulta, en busca de su tratamiento.

En julio de 1929, el doctor Asuero hizo un viaje a Madrid y estando en el bar *Pidoux* donde no sólo fue reconocido de inmediato por los allí presentes, sino también por los transeúntes que por la Gran Vía pasaban en aquel momento. El establecimiento fue invadido al instante por una ingente multitud que imploraba y solicitaba sus servicios, para sí o para sus familiares, lo que formó un alboroto de tal calibre que obligó al médico a escapar en automóvil, aunque en medio de una gran ovación.

A pesar de la asombrosa fama obtenida, su insólito método de curación le proporcionó una multitud de detractores. El doctor Asuero abandonó España para viajar a Argentina, instalando en Buenos Aires una nueva consulta.



Portada música Charleston Al Uruguay, obra de octubre de 1929.

Ese mismo año el trío de músicos de moda, Villajos, Bolaños y Jofre, toman buena nota de la fama del otorrino y lanzan el charleston *Al Uruguay*, en la que una estrofa de su letra señala:

*A un doctor famoso yo fui a consultar
Pero las narices me quiso tocar
Más como protesté mandóme al Uruguay*

La rapidez de reflejos con la que Ortiz de Villajos escogía el tema de su música fue digna de elogio en aquella época. La Sociedad General de Autores (SGAE), de la que fue socio fundador en 1932 y miembro de su directiva, tiene registradas cerca de 1.300 partituras musicales de su autoría. Estudiosos de su biografía indican que esta cifra se eleva a más de 2.000 obras, muchas de ellas desaparecidas, pertenecientes a todos los géneros musicales desde 1922 a 1947, periodo en el que el maestro Ortíz de Villajos permaneció en activo.

Por su academia pasaron los cantantes y las divas del momento, incluida una jovencísima Lolita La Jerezana, conocida más tarde como Lola Flores.

Pero su actividad musical dio para mucho más. La historia de su vida personal y el momento político y social influyeron también en su producción artística. Música para poner título a melodías con nombres como *Stalin*, o *Shirley Temple*, la niña prodigio del cine. Música para una nueva mujer, como *La Abogada*, *La Periodista*, *Las Futbolistas*. O títulos como *Bolchevique*, *Los Héroeos de Jaca*, marcha republicana dedicada a los capitanes Galán y García Hernández y su frustrada intentona que les llevó a ser los mártires de la Segunda República, demuestran que este genial compositor no vivía en una burbuja de espaldas a lo que pasaba en España.

Difícil era para un hombre tan inquieto y de tanta facilidad de palabra abstraerse de su entorno, residiendo desde 1915 en aquel Madrid, foco cultural y social de España. Y uno de los pocos lugares en los que se respiraba modernidad.



Ortiz de Villajos con su familia en la playa de Adra, verano de 1935.

Junto a estos títulos de canciones, otros que recuerdan sus orígenes a los que nunca renunció, como *Adra, mi tierra*, *Fandanguillo Alpujarreño* y *Viva Almería*, son prueba del compromiso del autor con su patria chica. No en vano y a pesar de que desde 1925 había entrado en la fama de la música española, Ortiz de Villajos siguió viajando a Adra para visitar a sus padres y volver a deleitar con su música a sus amigos de juventud. Prueba de ello es que dos de sus tres hijos, Carmen y Ángel, nacieron en Adra, cuando ya este genio de la música estaba afincado definitivamente en Madrid, tras haber contraído matrimonio en 1925 con Carmen Valero Valverde.

Ángel Ortiz de Villajos visitó Adra con asiduidad, lugar donde pasó sus veranos hasta el año 1935, el último en el que pudo disfrutar del cortijo familiar en la Cuesta Moreno y de su playa de San Nicolás. Ya en junio de 1936 visitó su tierra de cuna, escasas semanas antes del inicio de la Guerra Civil, con motivo del entierro de su madre, que había fallecido dos meses después que su padre.

Este gran compositor acabó sus días en el madrileño pueblo de Guadarrama, en la sierra de Madrid, tratando de mitigar la enfermedad pulmonar que le apartó de su fulgurante carrera y acabó con su vida. Allí siguió trabajando y ayudando a los jóvenes músicos de la banda local, con la sencillez y humedad que caracteriza a los sabios.

Uno de sus biógrafos en vida que le conoció, el periodista y escritor Francisco Cuenca Benet, también abderitano, definía en 1927 su capacidad pasmosa para componer música: “Dos cualidades primordiales- al decir de un crítico- distinguen a este maestro. Su fácil y asombrosa comprensión artística que le permite abarcar los más opuestos matices del pentagrama sin el menor esfuerzo, y su númen musical jugoso, armónico y espontáneo, con espontaneidad graciosa y desenfadada.

Estas características de Ortiz de Villajos y la difícil facilidad técnica y melódica de sus composiciones lo han colocado en un plano relevante, logrando alcanzar el alto prestigio de que hoy disfruta en el género de las canciones elevadas a la categoría de pequeños poemas musicales por su arte, emotividad y talento”.

Ortiz de Villajos supo impregnar en sus hijos la afición a la música. Sobre todo en su hijo Ángel Ortiz de Villajos Valero (Adra 1930, Madrid 2011), también compositor y pianista, formado en

el conservatorio de Madrid, que colaboró en vida en promocionar la obra de su padre y legó el archivo familiar al Ayuntamiento de Adra, años antes de su fallecimiento.

Aunque dicen que nadie es profeta en su tierra, Ángel Ortiz de Villajos lo fue y por duplicado. En diciembre de 1930 la ciudad le concedió el nombre de la popular o coqueta Plaza Vieja, donde se encuentra la casa en la que nació, como Plaza del maestro Ortiz de Villajos. Sesenta años más tarde el ayuntamiento abderitano volvió a homenajearlo en 1990 erigiendo un busto de este gran músico y mejor persona que domina el centro de la plaza, en presencia de sus hijos Carmen, Ángel y Pilar. Sin duda, su nombre premonitorio le deparó el don divino de la música.